

LA FALACIA INDUSTRIALISTA DEL RELATO FANTÁSTICO K

Es destacable el esfuerzo que vienen realizando los escribas a sueldo del relato fantástico del kirchnerismo. No se puede negar que poseen una inmensa creatividad a la hora de intentar demostrar lo indemostrable: las virtudes del “proyecto nacional y popular”, que además sería un “modelo marcadamente industrialista”.

Más allá de que la política oficial del gobierno nacional no refleja ni un proyecto, que además no es nacional y mucho menos popular, también es falso que se trate de una política industrialista. Una maraña de medidas que se montaron sobre un conjunto de factores favorables del contexto muestran de manera cada vez más evidente que no existe ni plan ni proyecto, sino que son reacciones por momentos desesperadas para tratar de ocultar la inconsistencia y las graves consecuencias de tales políticas. Medidas que además no parten de la iniciativa del gobierno sino que son estrategias delineadas por las grandes corporaciones del imperio que procuran extraer hasta los últimos suspiros del esfuerzo de los trabajadores argentinos y hasta las últimas gotas de riquezas a través de la depredación de los bienes comunes que poseemos en nuestro territorio.

Pero es necesario destacar también que detrás del promocionado discurso industrialista sólo se puede ver una realidad cruda y dura: tenemos la misma estructura industrial que generó el justicialismo menemista en los últimos años de la década del '90, y ni los dibujados datos del INDEK pueden servir de sustento a las afirmaciones del escriba kirchnerista. Si analizamos las cuentas nacionales del propio organismo manipulado por Moreno y sus secuaces, veremos que durante la década K el PBI global aumentó en la Argentina un 77,98%, habiendo crecido la industria en un monto casi similar, lo que significa que mantiene casi la misma incidencia dentro del total. En tanto, otros sectores productivos dejan mucho que desear, como Minas y Canteras que cayó un 2,33% en ese período, o Agricultura y Ganadería que apenas creció un 12,74%. En contraste, el sector que más creció durante esa década, el número uno, el gran ganador del modelo K fue nada más y nada menos que el de la intermediación financiera, que aumentó un 199,75%. Esto es, los bancos le ganaron al agro y a la industria por muchos cuerpos.

En consonancia con esas cifras, hace algunos meses escribí una nota a pedido de un periodista de El Diario sobre la industria argentina. Lamentablemente, como el texto del artículo demostraba algo que no era “políticamente correcto” fue censurado por las propias autoridades del democrático medio local y no fue publicado (sí luego fue difundido por otras vías alternativas, como la que adjunto a este mensaje). En la nota

queda claro el carácter concentrador, antinacional y antipopular del modelo K, y la falacia de su “virtuosismo” industrialista.

Cordiales saludos.

Luis Lafferriere (nota enviada al Foro de Uner–debate)

Más abajo el artículo que motiva esta respuesta:

Crisis del Consenso de Washington

DE LA DEMOCRACIA POLITICA A LA DICTADURA DEL MERCADO

Por Norberto Colominas (Publicado en economistaargentino.com)

Desde el gobierno de Ronald Reagan hasta hoy el sistema capitalista ha ido involucionando en dos direcciones: de la democracia política a la dictadura del mercado, y de la hegemonía de la industria a la preeminencia financiera.

De la mano de la primera llegaron las privatizaciones, el achicamiento de los estados, la subordinación de lo público a lo privado. La segunda trajo el arrollador crecimiento de las deudas de las personas, las empresas y los países, y el dominio de la renta especulativa en detrimento de la ganancia industrial.

A ese estado de cosas se lo llamó Consenso de Washington, aunque los países de la vasta periferia no fueron consultados al respecto. Estados Unidos (básicamente), Europa y Japón decidieron lo que era mejor para ellos, aunque eso hiciera sufrir a los pueblos y a largo plazo pusiera en jaque los fundamentos del sistema. Desde 2008 la crisis azota precisamente a Europa, Estados Unidos y Japón, porque la renta financiera ha tocado su techo de acumulación y ya no ofrece alternativas.

Los países endeudados están a punto de quebrar bajo el peso de sus deudas. Las otrora pujantes economías española e italiana, por ejemplo, tienen que apelar a un severo ajuste que genera desocupación, pobreza y contracción de la economía. Lo mismo vale para media Europa, Japón e incluso para Estados Unidos, aunque es el país menos afectado.

Ocurre que de las muchas maneras que existen para enfrentar una crisis, el capitalismo central sólo aceptará aquella que asegure las ganancias de las respectivas

burguesías. Esta vez no habrá un nuevo New Deal ni propuestas keynesianas. Sólo habrá ajuste. Y la crisis la pagarán quienes no la generaron.

Cuando el elemento parasitario (financiero) subordina al productivo (industrial), ni siquiera el elemento tecnológico puede sostener sus ganancias, que son finalmente devoradas por el achicamiento de los mercados que provocan los planes de ajuste. Las rentas minera, petrolera y agrícola-ganadera son secundarizadas. La renta financiera estrangula al conjunto del sistema.

Cuando la renta financiera toca su techo de acumulación, la crisis se precipita sin remedio. En la Argentina vimos lo suficiente sobre los efectos del predominio de la renta financiera. Por fortuna, desde 2003 en adelante un modelo marcadamente industrialista se impuso sobre la tesis neoliberal del ajuste con deuda, y en octubre de 2011 fue refrendado en las urnas por una clara mayoría.

Es a esa concepción de la economía política que llamamos “el modelo” iniciado por Néstor Kirchner en 2003, que aún es virtuoso y que en las próximas elecciones de medio término buscará ser validado otra vez en las urnas.

Como se vio en la experiencia argentina, de las crisis capitalistas se sale de una sola manera: quemando capitales improductivos y estableciendo las bases para el renacimiento de la industria, la tecnología, los servicios y el comercio de bienes, es decir para el restablecimiento de la hegemonía de los valores reales sobre los ficticios, para la primacía de la producción sobre la especulación. Lamentablemente para las sociedades de los países afectados, los costos de la crisis se pagarán con los recursos del estado de bienestar.

--